

## BELLAPAÍS

Carlos LARRINAGA

Historiador y Profesor Titular de Universidad

Encaramada en una ladera de las montañas de Kyrenia, en el norte de Chipre, Bellapaís alberga uno de los tesoros góticos más espectaculares, en mi opinión, del Mediterráneo oriental y Próximo Oriente: la vieja abadía de los agustinos. Parcialmente en ruinas, sigue siendo un monumento de enorme belleza, acorde con el paisaje, y evocador de mil historias en tiempos que nos parecen ya remotos. No me extraña que Lawrence Durrell, de los tres años que vivió en la isla, la mayor parte de ellos los pasara en esta aldea, donde llegó a comprarse una casa, aún en pie y remozada, la cual, desgraciadamente, no pude visitar en mi viaje de 2013. De hecho, buena parte de su conocida novela *Limones amargos* discurre en Bellapaís. Aquí Durrell se reunía con sus amigos aldeanos a beber, charlar y contemplar los increíbles atardeceres sobre el Mediterráneo bajo el mítico árbol de la ociosidad. En su casa recibía a sus amigos escritores también afincados en la isla o venidos de otras partes del mundo para compartir solaz y literatura. Por supuesto, de todo aquello no queda nada hoy en día. Durrell abandonó la isla cuando los tumultos y los atentados de la EOKA reivindicando la independencia de Chipre respecto de Gran Bretaña dieron lugar a un ambiente demasiado asfixiante para el espíritu libre del literato británico. Las cosas se complicarían aún más tras su partida. Llegó la independencia, sí, pero con ella el cada vez mayor enconamiento entre los greco-chipriotas y los turco-chipriotas, hasta el punto que las pretensiones anexionistas del presidente Makarios desencadenaron la invasión del Ejército turco en julio de 1974 con la excusa de querer defender los intereses de los turco-chipriotas. A la invasión seguiría la partición de la isla y la proclamación de una ficción de Estado independiente turco en el norte sólo reconocido por Turquía y que viola las más elementales normas del Derecho Internacional. Y en estas estamos todavía, a punto de cumplirse los cuarenta años de aquel nefando verano.

Evidentemente, Bellapaís no fue ajeno a todos estos acontecimientos. Por eso, de la apacible y entrañable aldea en la que vivió Durrell sólo quedan ciertos elementos materiales: algunas de las casas primitivas, incluida la suya, como ya he dicho; la fuente, realizada cuando el escritor vivía allí y se hizo la acometida de agua potable; el mencionado árbol de la ociosidad y, por supuesto, el cenobio, convertido hoy en uno de los principales atractivos turísticos de Chipre y por cuyas arquerías y bajo sus bóvedas tantas veces paseó y reflexionó el propio Durrell, solo o en compañía de sus amigos. Pero, siendo importante lo que queda, no lo es menos lo que no sobrevive: los antiguos pobladores, sus tradiciones y la verdadera alma de la aldea. Cuando entró el Ejército turco en la isla, los moradores de Bellapaís, prácticamente todos ellos greco-chipriotas, no tuvieron más remedio que huir con lo puesto, abandonando casas, haciendas, viñedos y esos frutales que tanto gustaban a Durrell. No tuvieron más remedio que partir al sur, controlado por las autoridades gubernamentales. Como ellos, la mayor parte de los greco-chipriotas del norte. Se calcula que unos 200.000 abandonaron esta zona de la isla para instalarse en las regiones meridionales de Chipre.

Bellapaís es hoy en día un lugar donde los turistas acuden a visitar el viejo monasterio o a comer y cenar en los numerosos restaurantes que hay en torno al monumento. Es un municipio habitado mayoritariamente por turcos. Y es que, aparte de los numerosos efectivos del Ejército invasor acantonado en la zona, Turquía ha llevado a cabo una política de colonización del norte de Chipre mediante gentes provenientes de Anotolia, apropiándose de los bienes de los antiguos pobladores greco-chipriotas y turquificando una zona mayoritariamente de cultura griega. Así, en el bar que está enfrente de la entrada de la abadía cuelga una vieja foto en blanco y negro de un grupo de hombres sentados posiblemente a la vera del árbol de la ociosidad. Traté de averiguar quiénes eran, preguntándoselo al responsable del establecimiento, turco por más señas, pero fue imposible. Esto es algo habitual en el norte de Chipre. Los colonos turcos parecen desconocer e ignorar cuanto tiene que ver con la historia y la tradición de esa zona con anterioridad a la invasión. No sucede lo mismo con los turco-chipriotas, quienes antes de la invasión estaban tan integrados en la sociedad

chipriota que incluso hablaban griego. En esta lengua se expresaba Sabri, el peculiar agente inmobiliario que intervino en la compra de la casa de Durrell. Pero yo mismo pude comprobar in situ esta realidad.

Con todo, la visita a Bellapaís sigue siendo obligada en un viaje a Chipre. No se equivocaron un ápice los venecianos cuando, en la Edad Media, deformando su nombre original, cloître de la paix, comenzaron a llamar a este lugar Bellapaese, a partir del corrompido Delapays de los chipriotas. Enclavada en medio de la cordillera gótica, como la denomina Durrell, por estar jalonada asimismo de castillos medievales y dominando la bahía de Kyrenia, la abadía y el lugar siguen destilando algo mágico, se visite de día o de noche. Pese a los grandes cambios mencionados y las injusticias cometidas, a diez años vista de haberse celebrado el malogrado referéndum de unificación auspiciado por la ONU y que fue un auténtico fracaso, sólo nos queda pensar que en un futuro no muy lejano Chipre podrá volver de nuevo a ser un país unificado, libre ya del Ejército de ocupación turco y viviendo en una democracia donde la ciudadanía prime sobre la comunidad, de forma que ni los greco-chipriotas ni los turco-chipriotas vean mermados sus correspondientes derechos en función de su lengua o etnia. Parecería lo normal en un país miembro de la Unión Europea.

23 de febrero de 2014